



Cómo se materializan las relaciones entre los cuerpos y la ciudad, cómo se afectan y determinan unos a otra, se refleja en la obra de Darío Gutiérrez.¹ Su fotografía de calle lo abarca todo: el ruido y los colores vibrantes del día, la noche con sus vapores, lluvia y luz neón. Hay siempre un interés por los vértices en donde interactúa la luz con la oscuridad, como en su serie *Fiat Lux* (2020). Luminarias, rótulos, marquesinas, anuncios publicitarios, nombres que son promesas como “La Única”, “La Boda” “Tercer Milenio”, “Tierra Blanca”, “Blue Palace” o “El Gallo de Oro” avivan nuestro deseo, por encima del territorio con sus marcas de uso, fracturas, aglomeraciones y deterioro.

Y es sobre ese fondo urbano donde se estudia la figura humana: de los adultos ma-

yores, con sus gestos y atuendos en los que se conservan rasgos de épocas otrora doradas –como en su serie *Espejo retrovisor* (2022)–; de las infancias, cuya mirada un tanto perdida nos habla de la experiencia de transitar un espacio enteramente adultocéntrico, protegidos por sus cuidadores, pero descubijados por el entorno social; y de los jóvenes –como en su serie *Retrato 64000*– tomando el espacio, desplegando su individualidad en atuendos originales, looks altamente estilizados, modos de transitar, tatuajes y piercings con los que se apropian, justamente, de sus cuerpos, entre la ligereza y potencia de la juventud, y la agresividad de incursionar como fuerza de trabajo en un mercado laboral altamente competitivo.

En las fotografías de Darío hay retratos con personajes cuya mirada es todo un reto sostener y otras en donde miramos y somos mirados como quien simplemente está de paso. Hay

¹ Se puede consultar en dariogutierrez.com e [instagram.com/dariogutierrez](https://www.instagram.com/dariogutierrez)

escenas nocturnas, o en interiores, como en su serie *Antifrágiles* (2018), que nos hacen preguntarnos si es prudente o no “estar ahí”. Cuerpos en situación de espera en una parada de autobús, o comprometidos en una historia de amor contada por un beso o un intercambio de miradas. Hay cuerpos en descanso y en disfrute, y cuerpos en la faena de todo tipo de trabajos. Hoteles, comercios, estaciones del metro son a la vez marcas geográficas y temporales que nos relatan cómo esta ciudad se ha transformado con el paso del tiempo y cómo sigue siendo la misma, forjada entre la mercantilización de los intercambios y la promesa de un buen vivir.

Muchas de las imágenes de Darío Gutiérrez narran una historia, una puesta en escena, y desafían lo que aceptamos como cotidiano. Otras, como las de la serie *Retratos del fin del mundo* (2020), construyen personajes que nos confrontan con la certeza de que nosotros también

somos eso, personajes, al elegir y jugar nuestro papel en el espacio público. Pero el mayor de sus méritos, me parece, se aprecia sobre todo en las fotografías en donde la mirada sobre la calle permanece ahí cuando ya se han retirado los últimos transeúntes: hacernos contemplar la ciudad, el escenario que transitamos a diario, no sin revestimientos, sino precisamente con lo propio que proyectamos sobre sus muros, calles y lámparas. *Lo propio*, que nos salva de ser solo cuerpos o solo personajes y nos dignifica como personas. La ciudad y su centro como ese lugar al que vamos a perseguir nuestras ilusiones y somos captados haciéndolo.

